

Liberalismo, soberanía e identidad nacional: de la perspectiva europea a una visión latinoamericana

AUTOR: O.D. (SEUDÓNIMO)

Imagine all the people
Living for today
Imagine there's no countries
It isn't hard to do
Nothing to kill or die for
And no religion too

~ John Lennon

En Europa, cada vez más intelectuales buscan recuperar la idea de soberanía e identidad nacional frente a una crisis migratoria desbordada¹. Varios argumentan, basándose en los liberales clásicos, que el liberalismo nunca habría surgido sin «nacionalismo», correctamente entendido, que permitió una jurisdicción liberal dentro de un Estado soberano. Aseguran que tanto el multiculturalismo como el supranacionalismo amenazan la soberanía, el nacionalismo y, por extensión, el liberalismo. Surge así la pregunta inicial: ¿cuál es la relación correcta entre nacionalismo y liberalismo según los liberales clásicos? ¿Coincide el liberalismo con la visión contemporánea del nacionalismo de estos intelectuales europeos?

¹ Por ejemplo, «El ataque a la Estado nación» (2012) de Thierry Baudet.

El debate europeo plantea grandes desafíos para Latinoamérica, especialmente para los países con alta diversidad cultural y poblaciones indígenas. Se argumenta que en países como México y Guatemala existe una gran pluralidad de *naciones*. Se habla frecuentemente de la cultura indígena, la identidad indígena e incluso los «derechos» indígenas. De este modo, parece que el indigenismo presupone la existencia de múltiples naciones dentro de un Estado soberano, lo cual podría representar una amenaza para la soberanía, y la cohesión dentro, de estos Estados².

¿Representa esta supuesta presencia de múltiples identidades nacionales dentro de un solo Estado un desafío para los países latinoamericanos? ¿Es el multiculturalismo, como lo es ahora en Europa, un reto para los valores liberales en países como México o Guatemala? ¿Es el supranacionalismo una amenaza para la soberanía y las posibilidades de un futuro liberal en estos países, al igual que en el continente europeo? Pretendo explorar las respuestas a estas preguntas en este ensayo.

En primer lugar, se definirán los conceptos de nación, identidad nacional y soberanía, utilizando los principios liberales como guía intelectual. Alejándonos de nuestra actualidad, exploraremos lo que los liberales clásicos como Edmund Burke³, John Stuart Mill, Alexis de Tocqueville y Ludwig von Mises han escrito sobre la relación entre liberalismo y nacionalismo. En segundo lugar, se aplicarán estos conceptos a los países latinoamericanos con presencia indígena, incluyendo México, Guatemala y Bolivia.

² Para ellos, la existencia de su Estado parece ser un caso de supranacionalismo.

³ Como curiosidad, varios miembros veteranos (Hannes H. Gissurarson de *Twenty-Four Conservative-Liberal Thinkers*, 2020) de la Sociedad Mont Pelerin argumentan no solo que Edmund Burke era liberal, sino que Friedrich Hayek escribió su ensayo *Por qué no soy conservador* para reivindicar a Burke como liberal en lugar de conservador.

Se argumentará que, contrariamente a lo que sostienen varios liberales⁴, el liberalismo es inherentemente nacionalista, «no hay de otra». Además, muchos países latinoamericanos enfrentan un gran enigma por resolver, ya que sus países «plurinacionales», es decir, con varias naciones dentro de un Estado, contradicen las enseñanzas de los liberales clásicos sobre la unidad de un Estado por «nación»⁵. Los intelectuales europeos contemporáneos, alertando sobre el multiculturalismo y el supranacionalismo como amenazas a sus naciones soberanas, nos muestran que los latinoamericanos también deben preocuparse, ya que durante demasiado tiempo han vivido bajo sistemas políticos afectados por estos mismos fenómenos (multiculturalismo y supranacionalismo), representando un desafío considerable para el surgimiento de «naciones» con características liberales en esta parte del mundo.

Los conceptos de «nación» y «nacionalidad»

Un contexto neerlandés

Thierry Baudet, un intelectual y diputado electo en los Países Bajos, es uno de los pensadores contemporáneos que defienden el «nacionalismo», correctamente entendido, como baluarte de los valores clásicos liberales. El pensamiento de Baudet (2012) no surge de la nada, sino que tiene raíces en una corriente neerlandesa que comenzó con Pim Fortuyn (1997), un profesor de sociología que se convirtió en político. Aunque Fortuyn fue asesinado por un activista de izquierda en 2002, dos semanas antes de las elecciones nacionales que probablemente habría ganado «por goleada»,

⁴ Un ejemplo son José Benegas y Antonella Marty con su libro «Nacionalismo: el culto común del colectivismo» (2021).

⁵ El «Estado nación» puede ser compatible con el liberalismo, pero no necesariamente: es perfectamente posible que una nación esté dividida entre varios Estados.

su legado dio origen a un movimiento que buscaba preservar los valores clásicos neerlandeses, muchos de los cuales son profundamente liberales. En su libro «Contra la islamización de nuestra cultura: La identidad neerlandesa como fundamento» (1997), el propio Fortuyn resumió estos valores de la siguiente manera:

1. Separación entre iglesia y Estado;
2. Libertad de expresión;
3. Economía de mercado basada en la propiedad e iniciativa privada, y la libre empresa;
4. Responsabilidad personal (individualismo);
5. División de poderes;
6. Igualdad ante la ley entre hombres y mujeres;
7. Respeto por los derechos individuales.

En la segunda parte de su obra, Fortuyn propuso que los valores de los inmigrantes no solo no coincidían con los valores nativos, sino que chocaban directamente con los valores específicamente neerlandeses. El problema, según Fortuyn, radicaba en que los migrantes no asimilaban los valores neerlandeses. Cuando la popularidad de Fortuyn empezó a crecer y la política, dominada por la izquierda políticamente correcta, empezó a preocuparse, iniciaron campañas de desprestigio en su contra. Como era de esperar, fue ampliamente tachado de «racista». Sin embargo, las obras y la muerte de Fortuyn abrieron el camino a un creciente esfuerzo intelectual dedicado a definir, defender y replantear la identidad nacional.

Con este contexto, se entiende el surgimiento de nuevas exploraciones del nacionalismo por parte de autores contemporáneos como Thierry Baudet y Ayaan Hirsi

Ali (esta última, de origen somalí, fue congresista en Países Bajos hasta 2006). Respaldados por las advertencias de Fortuyn, después de su asesinato la crisis migratoria se intensificó, la violencia de los extremistas islámicos se disparó, y los efectos sociales, culturales y electorales de la migración «culturalmente incompatible» comenzaron a hacerse evidentes de manera amplia.

Tres conceptos de «nación»

Para comenzar, es crucial distinguir entre *nación* y *Estado*, como lo hace Ludwig von Mises (1919). Un Estado representa una jurisdicción territorial. Más adelante, veremos que «nación» debe entenderse como un vínculo estrictamente cultural. Puede haber una nación con varios Estados o un Estado con varias naciones. De hecho, Mises (1919) se refiere a Reino Unido y Estados Unidos como una «nación», a pesar de tener dos Estados distintos. En cambio, en casos modernos como Guatemala, encontramos la encapsulación de un «Estado» que abarca múltiples «naciones».

Ahora, nuestra extensa introducción nos lleva a una pregunta clave: ¿qué es la nación? ¿Qué es la nacionalidad? Thierry Baudet (2012) delineó tres concepciones del concepto «nación»:

1. El concepto universalista/ilustrado

Según este concepto de «nación», del cual muchos liberales parten y han partido, los sentimientos nacionalistas responden simplemente a la organización política y al «obedecer las leyes». Cualquier sentimiento hacia la nación más allá de estas características estrictamente jurisdiccionales sería simplemente un producto secundario, una consecuencia no intencionada, innecesaria e incluso

tribal, pero neutral en sus efectos.

2. El concepto romántico/determinista

Según este concepto de «nación», uno no puede cambiar de nacionalidad: es un club con membresías determinadas por el nacimiento. Esta identidad está definida por un accidente geográfico, no por un compromiso compartido con ciertos valores, principios y costumbres. Este tipo de «nacionalismo» se asocia, por ejemplo, con el nazismo y la idea de una raza «superior» aria. Más generalmente, este concepto de «nación» se percibe, con toda razón, como un peligro existencial para el liberalismo.

3. El concepto patriótico

Según este concepto de «nación», la membresía en una nación no está cerrada: con esfuerzo adecuado, una persona puede asimilar e integrarse a una nación al adoptar sus valores y principios, y respetar sus costumbres. Además, los derechos individuales y los valores liberales nacen cuando, por «motivos nacionalistas», se expulsan fuerzas extranjeras⁶. Así, el «nacionalismo patriótico» está intrínsecamente vinculado a los principios liberales.

Como primer punto, es importante analizar el papel de la «cultura» (y su preservación) en cada uno de los tres conceptos de «nación». En el primero, la cultura es simplemente un producto secundario del sistema político, sin relevancia directa. En el segundo, la cultura depende de características innatas e inamovibles como raza, etnia,

⁶ Por ejemplo, en el caso de los Países Bajos, la ocupación española; en el caso de los Estados Unidos, la ocupación inglesa.

genética, etc., lo que limita las diferencias «culturales» a diferencias innatas⁷. En el tercero, la «cultura» es crucial para la encapsulación, preservación y transmisión de valores, especialmente aquellos valores ligados directamente al liberalismo, ya que son los que dan vía a un sistema político liberal. Sin embargo, las culturas pueden ser «asimiladas» y no son innatas: una persona puede integrarse a una cultura ajena adoptando su idioma, símbolos, valores, etc. La membresía «nacional» no está cerrada de manera inherente.

Baudet (2012) critica el primer concepto como «demasiado general»⁸, al considerar el «ser humano» y la «humanidad» como todo igual. A la vez, concluye que el segundo es «demasiado restringido», ya que es excluyente por factores innatos. Ambos enfoques tienen sus propias limitaciones y trampas. Veamos brevemente ambos conceptos y sus respectivas críticas.

En primer lugar, el concepto «universalista» no permite la creación, preservación y transmisión de valores como los derechos individuales. Tratar a todos los individuos como iguales⁹, independientemente de su cultura, no favorece la preservación de una cultura distintiva. Además, es francamente un error considerar que todas las culturas son iguales; algunas son superiores en la creación de riqueza, prosperidad y la preservación de relaciones pacíficas que otras.

⁷ Estas producen políticas de «nacionalismo económico» (Mises, 1944), control poblacional (políticas eugenésicas) y límites a la migración basados en raza y etnia, entre otras cosas.

⁸ En este contexto, podemos entender la letra de la canción *Imagine* de John Lennon: una visión utópica, a veces compartida por los mismos liberales, de un mundo sin diferencias culturales o sin que estas diferencias culturales importaran al nivel político.

⁹ Hasta Popper (1945) luchó con esta idea en su libro *The Open Society and Its Enemies*: termina escribiendo en una nota de pie de «la paradoja de la tolerancia». En efecto, alguien respetuoso de ciertos valores en sociedad, como por ejemplo el derecho a la libre expresión, puede terminar respetando al derecho a la libre expresión de alguien que procura acabar con el mismo derecho para él. De este modo, la intolerancia podría vencer a la tolerancia cultural.

Sin embargo, el segundo concepto «romántico/determinista» es tan excluyente y purista que conduce a esfuerzos de «depuración» de la población, lo cual solo puede llevarse a cabo de manera violenta, ya que distingue a los «miembros» de la nación de los «no miembros» de manera estrictamente biológica o étnica. Si la «nación» y nacionalidad son una elección, siempre será un fenómeno cultural, y no innata. Sin embargo, este enfoque define la nación (y la nacionalidad) como algo natural, biológico y determinado por el nacimiento (por ejemplo, el alemán como «hombre ario»), erróneamente asumiendo que la cultura es un producto de características genéticas, raciales o étnicas. La popularidad del «nacionalismo determinista» a finales del siglo diecinueve y principios del siglo veinte ha dejado un sabor amargo al término «nacionalismo» en general, asustando a muchos liberales incluso de utilizar el término. Políticos ávidos de poder han tergiversado la idea del nacionalismo como una especie de nacionalismo colectivista y agresivo, opuesto a los derechos individuales. A pesar de este sabor amargo, como señala Huerta de Soto (s.f.)¹⁰, «el error se encuentra en el socialismo, en el intervencionismo y en el ejercicio sistemático de la coacción, y no en el nacionalismo per se». Estos «recurren, prostituyéndola, a la idea de nación para alimentar y justificar sus medidas de coacción». Como Mises (1919) afirmaba: «La idea individualista de la «comunidad nacional» tuvo que ser desplazada por la idea colectivista de la comunidad racial». En respuesta a este panorama, especialmente en la era moderna, muchos han optado por reemplazar el término «nacionalismo» con «patriotismo» o «nacionalismo cosmopolita» para referirse al tercer concepto de «nación», el concepto patriótico. De manera complementaria, Mises (1944) introdujo la palabra «chauvinismo» por la misma razón.

¹⁰ Ver [Teoría del nacionalismo liberal](#) (s.f.) de Jesús Huerta de Soto.

Tocqueville (1838), en esta línea, discutía el patriotismo en el contexto de una sociedad «homogénea» necesaria para «sostener» un sistema político. Para él, el «patriotismo» era uno de los dos únicos motivos que «pueden dirigir permanentemente la totalidad de un cuerpo político hacia un fin». Sin embargo, Tocqueville (1838) difiere con los demás autores liberales que hemos discutido hasta el momento. Él diferenciaba entre «patriotismo de instinto» y «patriotismo de reflexión». El primero se asemejaba al segundo concepto de «nacionalismo determinista», enfocado en un «apego patriótico» basado en «sentimientos que conectan las afecciones de un hombre a su lugar de nacimiento». Sin embargo, en Estados Unidos el «nacionalismo» era diferente: un patriotismo de reflexión. En palabras de Tocqueville (1838): «Hay otra especie de apego a un país que es más racional que la que hemos estado describiendo. Quizás sea menos generosa y ardiente, pero es más fructífera y más duradera; es contemporánea con la difusión del conocimiento, se nutre de las leyes, crece con el ejercicio de los derechos civiles y, al final, se confunde con el interés personal del ciudadano.» Sin embargo, lo que Tocqueville parece describir aquí se alinea más con nuestro primer concepto «universalista». Según esta perspectiva, lo que hace que un estadounidense sea estadounidense es simplemente residir en Estados Unidos y participar políticamente en él. Los sentimientos patrióticos y la «identidad nacional» surgen exclusivamente como productos secundarios, como consecuencia no intencionada, de este hecho. Tocqueville también enfatizó el papel de la religión como una piedra angular de la identidad nacional.

Al contrario, para Baudet (2012) y otros pensadores contemporáneos, el camino medio entre el concepto «universal» y la «membresía determinista, innata y predeterminada»

de la nacionalidad es aquella vinculada a un territorio específico con una cultura definida, pero abierta a individuos independientemente de cualquier característica innata. Este enfoque encuentra eco en Ludwig von Mises (1919), quien argumenta que la unidad nacional no solo es un «(...) romanticismo; también es importante para la realidad política. En la unidad se busca la fuerza para superar la alianza de los opresores. La unidad en un estado unificado ofrece a los pueblos la mayor garantía de mantener su libertad. Y allí, también, el nacionalismo no choca con el cosmopolitismo, pues la nación unificada no quiere discordia con los pueblos vecinos, sino paz y amistad».

John Stuart Mill (1861) también se alinea con esta tercera visión, aunque él lo describe como «patriotismo cosmopolita». Mill escribe: «en general, es una condición necesaria para las instituciones libres que los límites de los gobiernos coincidan en lo esencial con los de las nacionalidades». Del mismo modo, Edmund Burke (1790) enfatiza la importancia de la nación como el fundamento cultural que sostiene una sociedad libre. Burke (1790) veía la identidad nacional como un vínculo de sangre «imaginario» o «metafórico», basado en el «amor por el país».

Huerta de Soto (s.f.) concuerda con esta concepción de la «nación», destacando que la «nación» es, entonces, un «orden espontáneo»: «Las naciones no son sino realidades sociales evolutivas, básicamente unidas por una lengua común y otras características históricas o culturales, que surgen de manera espontánea y selectiva, y que constantemente compiten en un «mercado» mucho más amplio (de ámbito mundial) de naciones, sin que pueda llegar a saberse a priori cuál será el destino histórico de cada

nación, ni mucho menos qué naciones concretas habrán de preponderar o subsistir en el futuro».

A veces, un enemigo externo puede unificar una nación y «refinar» sus valores e identidad. Para los Estados Unidos, fue la Constitución tras la independización del Reino Unido. Para los Países Bajos, fue la Guerra contra el Reino de España y la independencia de la ocupación española. En las palabras de Mises (1919): «Al principio principesco de someter la mayor cantidad de tierra posible bajo el propio dominio, la doctrina de la libertad opone el principio del derecho a la autodeterminación de los pueblos, que se deriva necesariamente del principio de los derechos del hombre. Ningún pueblo ni ninguna parte de un pueblo debe ser mantenido contra su voluntad en una asociación política que no desea. La totalidad de las personas amantes de la libertad que tienen la intención de formar un Estado aparece como la nación política; *patrie*, *Vaterland* se convierte en la designación del país que habitan; patriota se convierte en sinónimo de amante de la libertad. (...) El principio de la nacionalidad, sobre todo, no levanta la espada contra los miembros de otras naciones. Se dirige contra los tiranos». Baudet (2012) suscribe las palabras de Mises (1919) cuando se refiere a «cosmopolitismo soberano», porque en palabras de Mises: «Por lo tanto, ante todo, tampoco hay oposición entre actitudes nacionalistas y cosmopolitas. La idea de libertad es tanto nacional como cosmopolita».

La identidad nacional

Lo que no puede ser una «identidad nacional»

Para el concepto universalista/ilustrado, la «identidad nacional» es prácticamente irrelevante. En un determinado territorio, tendremos un determinado Estado que mantiene una determinada jurisdicción, una población que obedece las leyes dentro de esta jurisdicción; esto constituye «la nación». Cualquier individuo que nace en otra nación puede cambiar de nación simplemente trasladando su residencia y ajustándose a sus respectivas leyes y «listo». Los sentimientos nacionalistas que puedan surgir son vistos como efectos secundarios no esenciales. La crítica de varios intelectuales contemporáneos se dirige en gran medida hacia este concepto. Según ellos, la «nación» implica más que la mera jurisdicción; implica costumbres arraigadas, principios éticos y valores transmitidos a través de la tradición, elementos que no pueden ser ignorados. Además, este enfoque simplista y no histórico del surgimiento del liberalismo clásico omite su desarrollo dentro de estados soberanos, vinculados por valores compartidos y una identidad nacional, acompañados por un sistema moral y ético. El concepto del «orden espontáneo» de Hayek (1969) también es crucial aquí, ya que el liberalismo mismo surge de un orden político espontáneo que incluye soberanía, nación e identidad nacional. La introducción de «naciones» con culturas incompatibles puede generar tensiones sociales y, potencialmente, desestabilizar la cohesión nacional.

En el extremo opuesto, para el concepto romántico/determinista, la identidad nacional se define exclusivamente por rasgos biológicos/étnicos/genéticos, o por el lugar de

nacimiento. Un ejemplo interesante y alarmante es Guatemala, donde sectores de «la izquierda» proclaman que el país es «plurinacional» (es decir, distintas naciones dentro de un solo Estado). En este caso, estas «naciones» se refieren a rasgos raciales, evidenciadas porque sus promotores indígenas presentan al «criollo» como colectivo responsable de todos sus males. Como menciona Mill (1840), «no hace falta decir que no nos referimos a la nacionalidad en el sentido vulgar del término: una antipatía sin sentido hacia los extranjeros.»

Como anécdota, la respuesta común entre los guatemaltecos sobre «qué» hace a alguien guatemalteco es simplemente «haber nacido en Guatemala». Esta respuesta ejemplifica el tercer concepto determinista, ya que fundamenta la nacionalidad en una característica innata. Aunque alguien pueda adoptar completamente la cultura, tradiciones y símbolos de Guatemala, incluyendo el idioma, dialecto y rituales nacionales, y obtener la ciudadanía, seguirá siendo visto como no guatemalteco si no nació en el país. La «identidad nacional» es, por lo tanto, completamente excluyente. Esta exclusividad plantea desafíos, ya que no podría servir como un «vehículo» para transmitir valores y promover la cohesión social, ni sentar las bases para que haya un fundamento de valores compartidos a lo largo del país.

¿Qué es «identidad nacional»?

Pero entonces ¿qué implica una «identidad nacional»? Según Mises (1919), esta incluye, al menos en parte, un aspecto lingüístico: «Ahora vemos que todas las luchas nacionales son luchas por el idioma, que se llevan a cabo por el idioma. (...) La comunidad de idioma une y la diferencia de idioma separa a las personas y a los

pueblos. Si alguien encuentra la explicación de la nación como una comunidad lingüística quizá demasiado insignificante, que considere la inmensa importancia que tiene el idioma para el pensamiento y la expresión del pensamiento, para las relaciones sociales y para todas las actividades de la vida». En este contexto, Mises (1919) considera los casos de naciones que abarcan múltiples idiomas, como Checoslovaquia. Curiosamente, Mises (1919) predijo que las dos poblaciones separadas por idioma dentro de un Estado (Checoslovaquia) realmente solo podrían estar unidas temporalmente. Describió dos escenarios posibles: (i) los eslovacos se asimilarían y adoptarían el idioma checo, o (ii) los eslovacos preservarían su idioma y se separarían, como nación, de Checoslovaquia para formar su propio Estado. Irónicamente, el segundo escenario fue el que se materializó: hoy existen la República Checa y Eslovaquia como países independientes. Sin embargo, aplicar el concepto de Mises de nación como una comunidad lingüística a, por ejemplo, Guatemala, presenta un desafío significativo: el 45% de la población es indígena y habla uno de los veinticinco idiomas indígenas. ¿Puede haber una «nación» con veinticinco idiomas?

En la misma línea, Huerta de Soto (s.f.) define «la identidad nacional» como «una determinada serie de comportamientos pautados de naturaleza lingüística, cultural, histórica, religiosa y, con mucha menos importancia, racial». No elabora específicamente qué significa «con mucha menos importancia» en el caso de los rasgos raciales. ¿Es la naturaleza «racial» un factor excluyente o no? Asumiendo que los comportamientos de naturaleza lingüística, cultural, histórica y religiosa son requisitos para una «identidad nacional», uno no podría ser parte simplemente por adherirse a una naturaleza «racial», excluyendo las otras «naturalezas»; pero no está

claro que si también sería posible al revés (adoptar todas las naturalezas sin la naturaleza racial). En el caso de Estados Unidos, la naturaleza racial tiene poca importancia, no solo para las poblaciones afroamericanas y latinas, sino también para las de origen norteamericano y mediterráneo, que difieren genética y racialmente. Todos son estadounidenses por su adhesión (al menos en el pasado) a una sola cultura dominante, con sentimientos y símbolos «patrióticos», basada en los derechos individuales. Huerta de Soto añade: «(...) todos los hábitos de comportamiento que constituyen la esencia nacional destaca, sobre todo, la lengua o idioma que comparten los miembros del grupo nacional y que constituye una de las muestras de identidad nacional más importantes».

Suiza, como siempre, es el ejemplo moderno que parece contradecir la «nación» entendida como se entiende aquí. Sin embargo, es importante reconocer que Suiza es una «confederación» de naciones. Lo único que «une» a las naciones suizas es el deseo de cada una de no pertenecer a Alemania, Italia o Francia. Sin embargo, si el Gobierno suizo tuviera la capacidad de reducir significativamente la autonomía de cada uno de los estados que conforman la confederación, se desataría casi inmediatamente conflicto interno. No obstante, como veremos más adelante, en el caso de los países latinoamericanos con distintas comunidades lingüísticas que conforman un solo Estado, las «naciones» no viven bajo una confederación. Según esta lógica, el éxito de Suiza llegaría a su fin y fracasaría en el momento en que se comenzara a violar la soberanía de sus naciones confederadas.

Así, el tercer concepto patriótico parece ser el precedente histórico de la mayoría de los países exitosos. Para este concepto, el lugar de nacimiento, o cualquier rasgo

biológico, étnico o genético, no excluye a alguien de ser «miembro» o no de una nación. Sin embargo, tampoco es tan simple como residir y obedecer las leyes dentro de un país. Uno puede obtener la nacionalidad y ser parte de una nación al asimilar y adoptar los valores culturales que esta implica. Sin embargo, estos valores culturales —los cimientos de estas civilizaciones— pueden ser superiores o inferiores en términos de creación de riqueza. Así, evitamos caer en el trágicamente típico «nihilismo cultural», donde es políticamente incorrecto afirmar que no hay rasgos culturales superiores o inferiores¹¹.

Anteriormente, describí cómo, para un guatemalteco, «ser guatemalteco» se reduce a una simple casualidad de haber nacido en un lugar específico (nacionalismo «determinista»). Por el contrario, cuando se le pregunta a un estadounidense «qué hace a alguien estadounidense», la respuesta es diferente. De hecho, para un estadounidense, simplemente haber nacido en territorio estadounidense no es suficiente para ser estadounidense. Ser estadounidense no se trata solo de dónde se nace; se trata de un conjunto de ideales y valores. Se trata de creer en la libertad, los derechos individuales y la búsqueda de la felicidad personal. Se trata de valorar la Constitución y la Declaración de Derechos, la primacía del estado de derecho sobre los hombres. Los estadounidenses aprecian el trabajo duro, la innovación, la toma de riesgos y la idea de que cualquiera puede triunfar con esfuerzo. Es una mezcla de fuerte individualismo y un espíritu comunitario que se unen para formar una identidad nacional única. Es perfectamente posible que alguien nacido fuera de Estados Unidos

¹¹ Debido a lo políticamente correcto, en Europa le cuesta a la izquierda denunciar los «matrimonios forzados» de menores de edad en ciertas culturas islámicas, importadas al continente. De igual modo, no podemos juzgar moralmente, dice la izquierda, los castigos corporales en las comunidades indígenas en Mesoamérica. En ambos casos la respuesta de este nihilismo cultural es llamar al racista al que alega una práctica culturalmente inferior.

sea considerado estadounidense. Elon Musk, por ejemplo, hoy en día es considerado estadounidense a pesar de haber nacido en Sudáfrica. Se naturalizó en 2002 y comparte muchos valores asociados con ser estadounidense: espíritu empresarial, libertad de expresión, entre otros. Esto sería imposible bajo la concepción «determinista» de la «identidad nacional», que requiere ciertos rasgos innatos para ser parte de una nación.

El Estado «laico» y la religión: una reflexión

Además de todo lo mencionado, esto nos lleva a un debate controvertido dentro del liberalismo: la idea del «Estado laico». Si existe una conexión entre la «nación» y los principios liberales como parte de una «identidad nacional», ¿cuál es o debería ser el papel de la religión?

La gran mayoría de los liberales sostiene que el Estado debe estar separado de la Iglesia. Específicamente, sus estructuras de gobierno no deben superponerse. Al confundir las doctrinas religiosas con las políticas, inevitablemente entran en conflicto en cuanto a la preservación de los derechos individuales. La historia muestra que la combinación del Estado con la religión ha conducido a la represión de ciertas ideas, prácticas y relaciones (incluyendo las comerciales).

Esta visión, como argumentaré a continuación, se alinea con la idea de que la religión origina los valores que transmite¹². Si nos los origina, no le corresponde a la religión el (potencial) uso del aparato social de la coacción, es decir, la fuerza estatal. Sin embargo, aunque argumentaré que la religión no origina los valores predominantes en

¹² Pareciera que Tocqueville sostiene esta tesis.

una «nación», esto no significa que la religión no tenga ningún papel. De hecho, bien entendida, la religión puede ser uno de los vehículos que transmite valores. La religión no crea valores en sí, pero agrupa valores.

Como explica Taleb (2020), la religión realmente no origina los valores que una determinada sociedad adopta. El modelo de «arriba hacia abajo», donde la enseñanza teológica determina los valores dentro de una sociedad, es incorrecto. Más bien, es lo contrario: la teología recoge los valores predominantes en una sociedad y los codifica, enseña, difunde y preserva. La religión es conservadora y, de esta manera, actúa como «freno» al cambio cultural revolucionario. Cuando un país experimenta cambios culturales demasiado radicales en un corto período de tiempo, su «supervivencia» puede estar en juego. Según Taleb (2020), «Mi punto aquí es que (...) la noción de que las transformaciones religiosas determinan la actitud y la cultura falla en la lógica histórica. (...) Una alternativa más sólida, que la gente imite las costumbres (contagiosas) de los de su grupo, tradicionalmente definido por la religión, tiene mucho más sentido. A las personas les gusta vestirse, actuar e incluso pensar, a grandes rasgos, dentro del estilo de otros miembros de su grupo, personas con las que se identifican, lo que tendemos a llamar vagamente «identidad»». «Así, para el desarrollo económico es importante con quién te identificas».

Para Taleb, los movimientos separatistas que procuran formar nuevos Estados porque son «naciones separadas» a menudo invocan la religión como una justificación *ex post* de diferencias irreconciliables en cuanto a valores fundamentales, aunque las razones reales sean ajenas a la religión. Esto es equivalente a cuando uno tiene problemas con su vecino por su gato que hace sus necesidades en su jardín, pero en lugar de decir

que lo detesta por el gato invasivo, dice que lo detesta porque no cree que Jesús sea la encarnación de Dios. Entonces, un conflicto entre protestantes y católicos podría atribuirse a motivos teológicos o provenientes de la teología, pero en realidad es un choque de valores más allá de lo religioso: la religión solo marca grupos con diferentes composiciones de valores, cultura o ideología. Curiosamente, en el caso de los Países Bajos, el catolicismo no fue una línea divisora cultural: el católico neerlandés era mucho más similar, en términos de valores, al protestante neerlandés que al católico neerlandés al católico del Mediterráneo.

En mi evaluación, la apreciación histórica de Taleb supera las apreciaciones alternativas. Es difícil imaginar que haya una gran asimilación de valores determinados por la teología entre los devotos cuando juegan a las cartas durante la misa¹³. La religión, al igual que el fútbol, ha funcionado como marcador social y de agrupación social, conllevando una infinidad de otros valores, creencias y posturas. En última instancia, se trata de con quiénes uno prefiere asociarse y qué valores adopta por esa asociación. La «imitación social» es un fenómeno común, ahora y siempre.

La soberanía «nacional» bajo amenaza

Esto nos lleva a considerar dos tipos de entendimiento de la «soberanía». En primer lugar, la soberanía puede entenderse como el derecho constitucional de un estado soberano para aceptar o retirarse de entidades de toma de decisiones supranacionales. Sin embargo, esto entra en conflicto en algún momento con una segunda comprensión

¹³ Esta práctica era extremadamente común en las iglesias católicas en los Países Bajos en el siglo pasado.

de la soberanía: el control efectivo de las personas e instituciones de un país soberano sobre las decisiones políticas, judiciales, entre otras, dentro de dicho país.

Baudet (2012) identifica dos amenazas significativas para la soberanía nacional:

- El supranacionalismo.
- El multiculturalismo.

El supranacionalismo amenaza la soberanía nacional desde arriba, mientras que el multiculturalismo la amenaza desde abajo. Sin embargo, Baudet (2012) los ve como dos caras de la misma moneda, conceptos «lógicamente conectados». En su visión, el multiculturalismo erosiona la «identidad nacional» y, en última instancia, la propia «nación», al fragmentar la cohesión social y cultural. Por otro lado, el supranacionalismo subordina la soberanía «nacional» a decisiones tomadas fuera del país, particularmente por entidades supranacionales. Discutiremos ambas «amenazas» en más detalle.

Supranacionalismo

En primer lugar, es crucial contrastar el supranacionalismo con el internacionalismo.

Baudet (2012) argumenta que las relaciones internacionales, como el comercio transfronterizo, son expresiones de soberanía, mientras que el supranacionalismo representa una amenaza para el derecho internacional clásico. Baudet (2012) resume el error de equiparar supranacionalismo con internacionalismo como una confusión entre integración política (interestatal) y cooperación política (interestatal). Así, el supranacionalismo no se limita a acuerdos comerciales, convenios, alianzas militares o similares, sino que implica la creación de organizaciones o autoridades judiciales que,

mediante algún tipo de regla mayoritaria o jurisprudencia, pueden alterar, reinterpretar o ejecutar acuerdos soberanos de manera discrecional.

Según Baudet (2012), esto obliga a los estados (miembros) de organizaciones supranacionales a adherirse a políticas que no han sido formalizadas y explícitamente ratificadas o respaldadas por una legislatura soberana, y que podrían estar en conflicto con sus preferencias o intereses soberanos. Ejemplos de organizaciones internacionales incluyen la OTAN y la OCDE, mientras que ejemplos de organizaciones supranacionales abarcan la CPI, el CEDH, la CIJ, la OMC, el Consejo de Seguridad de la ONU y la Unión Europea.

El supranacionalismo, como señala Baudet (2012), se justifica bajo el mito de una toma de decisiones no política, imparcial, universal y «objetiva» por parte de los actores supranacionales. Otra justificación se basa en la conveniencia económica: ceder parte de la soberanía nacional puede ofrecer beneficios económicos al país y, por lo tanto, ser visto como algo positivo. Sin embargo, incluso si fuera cierto, esto no eliminaría su naturaleza como una violación de la soberanía del Estado involucrado.

Multiculturalismo

Para evitar la equiparación errónea del supranacionalismo (cuestión de soberanía) con el internacionalismo (cuestión de cooperación), debemos contrastar el multiculturalismo (cuestión de acuerdos básicos) con diversidad en sí misma (cuestión de gustos individuales). Los liberales valoran la diversidad en ámbitos como la gastronomía, el

arte, la música, las artesanías, etc., pero no en los cimientos básicos que sostienen una sociedad¹⁴.

Entonces, ¿a qué se refiere «multiculturalismo»? El multiculturalismo, como veremos, niega que debe haber una cultura predominante. Parekh (2002), por ejemplo, uno de los promotores del multiculturalismo, termina afirmando que «la idea de una cultura nacional no es muy apropiada, y que la búsqueda a cohesión cultural (...) hoy en día ya perdió su utilidad». De esta manera, podemos definir el multiculturalismo como una política que promueve la coexistencia de diferentes naciones y culturas dentro de un mismo Estado. Esto implica no exigir la asimilación de los grupos minoritarios a la cultura predominante y puede incluir el subsidio o privilegio de culturas minoritarias, lo cual, según Baudet (2012), amenaza la cohesión social y cultural. Estos subsidios y privilegios son un problema, porque hacen que los individuos se enfoquen en lo que *no tienen en común*, en lugar de lo que sí tienen en común. La idea principal del multiculturalismo es que los grupos minoritarios no se asimilan, sino sostener su propia cultura, incluso cuando esta sea incompatible con la predominante.

Según Baudet (2012), el multiculturalismo conduce a la fragmentación social y, por lo tanto, a la fragmentación de la identidad nacional. En otras palabras, el multiculturalismo socava la homogeneidad cultural necesaria para una sociedad cohesionada, produciendo caos, segregación y conflicto social.

Como explica Baudet (2012), el multiculturalismo es incompatible con la igualdad de derechos al estar dispuesto y ser capaz de otorgar diferentes «derechos» a distintos

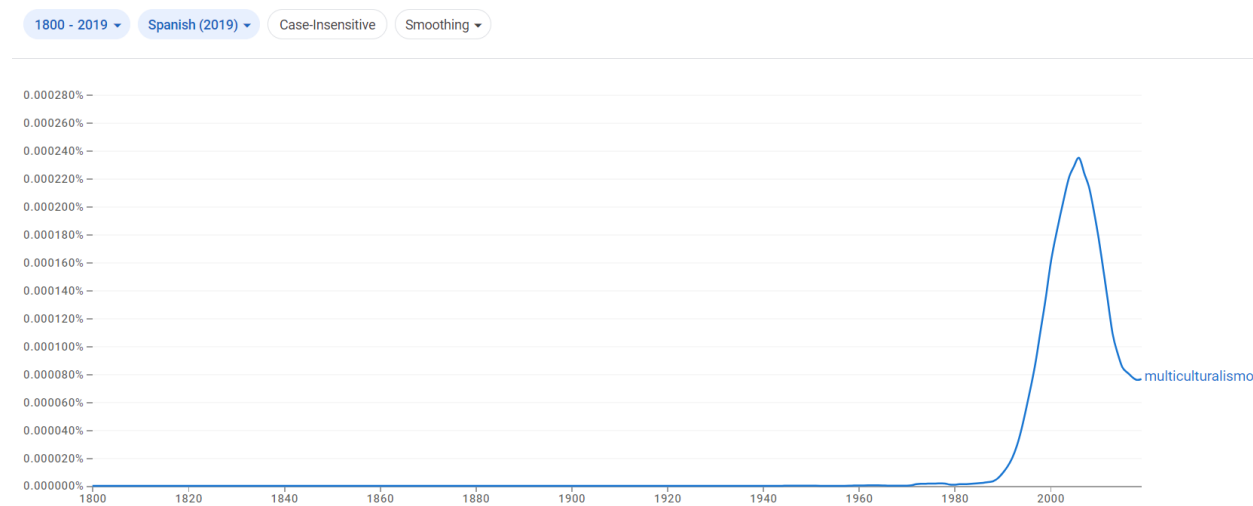
¹⁴ A mi parecer, me parecen contradictorias las llamadas de algunos liberales por «pluralismo político». Un liberal no quiere pluralismo político; quiere una sociedad basada en el derecho individual.

grupos y personas según su origen cultural. Esto puede llevar al pluralismo legal, como se observa con el «derecho indígena» en países como Guatemala, que en realidad engloba diversos códigos jurídicos de varias agrupaciones indígenas, a veces incluso con castigos corporales.

Existe una discrepancia entre la izquierda europea y la latinoamericana en cuanto al multiculturalismo. La primera lo defiende como la coexistencia sin una cultura dominante, mientras que la segunda lo entiende como la convivencia de una cultura dominante con culturas secundarias bajo un mismo Estado, llegando incluso a calificarlo como «racismo institucionalizado». Sin embargo, estas diferencias semánticas parecen más un intento de manipulación por parte de una izquierda guerrillera radical, casi inexistente en 1996, que se oponía a los Acuerdos de Paz, al igual que muchos ciudadanos y movimientos de derecha.

Tras décadas de conflicto social en el contexto de la Guerra Fría, incluso una autoproclamada derecha «mesoamericana» ha destacado el multiculturalismo por «fines pacificadores». En Guatemala, por ejemplo, esta idea del multiculturalismo surge tras la firma de los Acuerdos de Paz en 1996. En realidad, el término «multiculturalismo» fue importado desde Europa, impulsado por los principales actores de los Acuerdos de Paz de la cooperación internacional: la ONU, Noruega y España. Álvaro Arzú, presidente firmante de los acuerdos y visto como un político de derecha, comenzó a popularizar el término en sus discursos populares. Ante la oposición de la izquierda guerrillera, el término fue sustituido por «interculturalismo», aunque en la práctica ambos términos se refieren a lo mismo.

Figura 1: El término «multiculturalismo» fue introducido en América Latina mediante la cooperación internacional y las Naciones Unidas, siendo frecuente su aparición en la literatura desde los mismos años noventa.



Fuente: Google Ngram

En cambio, los liberales señalan la importancia de «naciones» monoculturales (en cuanto a un «pacto» mínimo), abarcadas por uno o varios Estados, que coexisten y comercian pacíficamente. Dentro de una «nación», el multiculturalismo sin una cultura dominante sería contradictorio para el pensamiento clásico liberal. El liberalismo, como filosofía política, está intrínsecamente ligado a la cultura y solo puede prosperar dentro de ciertas culturas específicas que están vinculadas a la idea de «nación».

Las sociedades más interesantes en la historia han sido mezclas de pluralismo y diversidad en aspectos como comida, vestuario, música, danza, idioma, entretenimiento, y costumbres artesanales, donde se aplica el lema «cuanto más diverso, mejor». Sin embargo, este pluralismo debe ser sustentado por un «núcleo monocultural». Lo que diferencia «multiculturalismo» de la simple diversidad y

expresión cultural es, por lo tanto, su negación de una cultura nuclear dominante, un conjunto de valores fundamentales y un campo común compartido. El multiculturalismo enfatiza las diferencias culturales sobre las afinidades culturales, priorizando identidades subgrupales, tribales y lealtades locales en lugar de una identidad y lealtad compartida más amplia y unificadora. En realidad, en lugar de promover la igualdad de derechos, profesa la idea de que ningún grupo puede imponer normas sociales a otro.

Una forma de resumir esta diferencia entre multiculturalismo y simple diversidad es observar los lemas de la Unión Europea —«*In varietate concordia*» (en variedad concordamos)—y, al otro extremo, de los Estados Unidos —«*E Pluribus Unum*» (entre muchos, uno)—. El lema estadounidense representa una «unión en valores fundamentales» con «diversidad» en otros aspectos menos fundamentales, mientras que el lema europeo representa «la unidad a pesar de las diferencias». En esta visión del multiculturalismo, la «supervivencia cultural» se prioriza sobre la igualdad de derechos, lo que puede resultar en la concesión de subsidios o privilegios a ciertos subgrupos dentro de un país sobre otros, fomentando así el pluralismo judicial.

Como resultado, el aparato estatal se enfoca en lo que los grupos dentro de un país soberano *no* tienen en común en lugar de lo que sí comparten. Como explica Baudet (2012): «Con el tiempo, esto puede intensificar la demanda por pluralismo judicial: porque no solo estarían inclinados los grupos a los cuales fueron otorgados privilegios de enfatizar una y otra vez sus diferencias con otros grupos o la mayoría de la sociedad, pero los grupos serán desanimados en integrarse y, por tanto, vivir de forma aislada del resto de la población, y por lo tanto solo se normaliza la idea de tener un sistema de derecho propio.» A fin de cuentas: ¿qué significa multiculturalismo si no

podría ser respaldado por un derecho flexible que pueda brindar diferentes soluciones conforme los distintos contextos culturales de las personas que así las solicitan?

Además, el multiculturalismo implica una negación de la preservación de la cultura dominante de un país al no reconocer la existencia de grupos culturales sin que necesariamente existen unos valores fundamentales compartidos: no hay ninguna cuestión de que existe un núcleo de valores compartidos que debe ser preservado. En otras palabras, la idea de cohesión nacional (e.g., Mill 1840) y una «identidad nacional» se vuelven problemáticos. El multiculturalismo, en este sentido, representa un ataque al Estado nación moderno.

Como señaló J.M. Mill, «en general, es una condición necesaria para las instituciones libres que los límites de los gobiernos coincidan en lo esencial con los de las nacionalidades.». Esto plantea la cuestión de si la cultura está vinculada a la identidad nacional y en qué medida.

Mill (1840) describe el proceso de cómo múltiples culturas y «nacionalidades» son absorbidas en una sola nación:

Quando la nacionalidad que logra dominar a la otra es tanto la más numerosa como la más avanzada, y especialmente si la nacionalidad subyugada es pequeña y no tiene esperanza de reafirmar su independencia, entonces, si se gobierna con justicia tolerable y si los miembros de la nacionalidad más poderosa no son odiados por estar investidos de privilegios exclusivos, la nacionalidad más pequeña se reconcilia gradualmente con su posición y se amalgama con la mayor.

Según Mill (1840), para unir varias naciones en un solo Estado, una condición importante es una «suficiente cantidad de simpatía mutua entre las poblaciones». La

principal prueba de la existencia de tal «simpatía mutua» es la disposición a luchar para el mismo lado, en lugar de (potencialmente) luchar para lados opuestos. Si dicha simpatía mutua no existe o no se materializa, entonces un vínculo federal (una federación de naciones) no perdurará ni gozará de cumplimiento mientras exista.

No obstante, Mill (1840) menciona interesantes posibles fuentes de simpatía mutua: (i) raza, (ii) lengua, (iii) religión e (iv) instituciones políticas. J.M. Mill destaca las instituciones políticas como «las que más conducen a un sentimiento de identidad de interés político». En este sentido, John Stuart Mill coincide plenamente con Ludwig von Mises, pero también con intelectuales extemporáneos como Jesús Huerta de Soto y Thierry Baudet.

El liberalismo y el nacionalismo

Toda esta discusión es importante, porque el liberalismo no nace en un vacío. El liberalismo nace en determinadas naciones. Los valores fundamentales del liberalismo —los derechos individuales, la economía de mercado, el Estado limitado, responsabilidad personal, etcétera— no nacen en el abstracto.

Nacen en determinadas circunstancias en determinados lugares en el mundo, concretamente en Países Bajos, Inglaterra y otros lugares como Estados Unidos y Suiza. En palabras de Mises (1919): «El principio de nacionalidad incluye solo el rechazo de toda dominación y, por lo tanto, también de toda dominación extranjera; exige autodeterminación, autonomía. Luego, sin embargo, su contenido se expande; no solo la libertad sino también la unidad es la consigna. Pero el deseo de unidad nacional, también, es ante todo completamente pacífico. (...) El nacionalismo no choca

con el cosmopolitismo, pues la nación unificada no quiere discordia con los pueblos vecinos, sino paz y amistad.»

Según Burke (1790), el «amor a la patria» es un requisito previo para la libertad, ya que une a las personas, las hace obedecer y respetar la ley, y aceptar la autoridad del aparato social de coerción en forma de Estado. En resumen, sin nacionalismo no podría haber nacido el liberalismo. En palabras de Mill (1840): «La nacionalidad es deseable como medio para alcanzar la libertad».

De hecho, algunos liberales clásicos como John Stuart Mill no creían que, en un país, con un Estado, podrían convivir «varias naciones». Para Mill (1840), una condición para una sociedad política estable era «un principio de cohesión fuerte y activo entre los miembros de la misma comunidad o Estado». Al tener varias naciones dentro de un mismo Estado, en caso de diferencias culturales e idiomáticas, no es posible alcanzar esta cohesión social.

El liberalismo requiere nacionalismo, pero lo contrario también puede ser cierto. Según Mises, «estatizar» la vida y la economía «conduce necesariamente a una lucha entre naciones». En una lucha entre naciones, algunas naciones serán sometidas, reprimidas o aniquiladas. En otras palabras, el liberalismo requiere nacionalismo, pero el nacionalismo también necesita liberalismo para una convivencia armónica y pacífica *entre las distintas naciones*.

Conclusiones

El nacionalismo, correctamente entendido, y el liberalismo son inseparables

Recientemente, ha surgido un importante debate en Europa sobre la soberanía de los Estados europeos. Muchos argumentarían que estos representan una «nación» con una «identidad nacional» que ha sido el vehículo de la creación, preservación y transmisión intergeneracional de sus valores predominantemente liberales. El liberalismo está vinculado al «nacionalismo»: sin nacionalismo, no hubiera existido el liberalismo. La amenaza de la soberanía de los Estados europeos viene, según intelectuales contemporáneos como Baudet (2012), de dos lados: por un lado, el supranacionalismo; por otro lado, el multiculturalismo. Sin embargo, Latinoamérica, en particular aquellos países con poblaciones indígenas, lleva mucho tiempo con países «multiculturales», constituidos por más de una «nación», con Gobiernos tipo supranacionalista.

En otras palabras, los problemas que se avecinan en Europa son los mismos problemas que han impedido el surgimiento de un «Estado liberal» de una forma sostenida en Latinoamérica. Si no se resuelven estos problemas de fondo, es decir, limitar un Estado para que abarque una nación y una cultura predominante, y no múltiples, según los propios liberales clásicos, habrá pocas esperanzas para un futuro liberal en este lado del mundo.

Implicaciones para Latinoamérica y los países «plurinacionales»

Desde el estrecho seguimiento de las entidades de cooperación y la condicionalidad impuesta en muchos tratados y en mucha «ayuda», prácticamente se ha imposibilitado redibujar las fronteras nacionales y las divisiones entre naciones. Las últimas fronteras que fueron redibujadas ocurrieron en 1938 y 1941. En cambio, durante el siglo diecinueve, las fronteras se redibujaron con frecuencia. Bajo los auspicios de países desarrollados, militarmente superiores, y entidades supranacionales que a menudo violan la soberanía nacional, la posibilidad de redibujar fronteras se vuelve ilusoria.

Curiosamente, esta relación paternalista de los gobiernos europeos y norteamericanos con los latinoamericanos podría estar impidiendo precisamente su desarrollo y evolución hacia la formación de países ejemplares en términos ideológicos, es decir, aquellos que pueden mantener la paz social dentro de un marco liberal. Los propios países europeos, por ejemplo, no se convirtieron en monoculturales durante su etapa de desarrollo por pura casualidad, sino como resultado de una lucha constante entre poderes y frecuentes cambios en las divisiones políticas.

Por lo tanto, el desafío en Latinoamérica, especialmente en aquellos países con diversas comunidades lingüísticas, naciones y poblaciones indígenas, radica en la dificultad de conciliar los valores liberales con una «nación» y, posteriormente, con las políticas de un Estado. La convivencia de varias naciones con culturas divergentes, algunas más liberales y otras expresamente antiliberales, representa un obstáculo para la creación y preservación de un orden liberal de forma permanente o a largo plazo en Latinoamérica. En estos casos, las naciones no poseen Estados soberanos, sino más

bien una suerte de supranacionalismo y multiculturalismo dentro de sus sistemas políticos.

En muchos aspectos, los problemas que Europa está comenzando a enfrentar, como los ataques al supranacionalismo y al multiculturalismo que afectan la soberanía nacional, son los mismos problemas que han obstaculizado la paz social y los Estados liberales en el continente latinoamericano. Si esta tesis resultara cierta, significaría que solo una reorganización política radical en países como México, Guatemala, Bolivia, Chile y muchos otros podría lograr Estados liberales sostenibles en el continente.

Desde el punto de vista liberal discutido en este ensayo, existen varias soluciones para el «problema» latinoamericano:

- **La solución suiza: modificar el sistema estatal a una confederación y otorgarle autonomía completa a cada «nación»**

Esta opción implica convertir cada «nación», según su voluntad y autodeterminación, en un Estado dentro de una confederación de estados.

Puede presentar desafíos, especialmente cuando existen propiedades bajo el Estado actual que territorialmente corresponderían a un nuevo Estado, y las naciones coexisten de manera superpuesta en ciertos territorios en lugar de estar geográficamente divididas. Sin embargo, estos problemas no son insuperables. La confederación puede existir para asegurar la seguridad frente a amenazas externas y garantizar ciertas libertades entre cada confederación, como el libre comercio, libre movimiento de personas y de capital, y cláusulas comerciales. En esta solución se puede preservar el derecho plural, en

particular el derecho «indígena». Un gran desafío aquí es el aspecto «cultural»: cuando las «nuevas» naciones no respetan los acuerdos establecidos en la confederación o recurren a la fuerza contra Estados vecinos, o cuando surgen conflictos sobre el uso de recursos naturales que cruzan fronteras internas. Esta solución facilita la preservación de ciertas funciones centralizadas, como las fuerzas antinarcóticas o la persecución de la delincuencia transfronteriza.

- **La solución de balcanización: disolver y fragmentar los Estados**

Esta opción implica la disolución y fragmentación de un Estado en Estados más pequeños que correspondan más fielmente a cada «nación». Sin embargo, esta solución podría parecer caótica, al menos a corto plazo, y requiere trazar nuevas fronteras, lo cual podría representar un desafío político considerable.

Por motivos de control del narcotráfico, países como Estados Unidos podrían oponerse a esta solución. En esta opción, el derecho plural desaparece, ya que cada Estado adoptaría su propio sistema de derecho y justicia. La experiencia de la fragmentación de Yugoslavia muestra que esta vía puede funcionar y podría fomentar un mayor desarrollo y definición de una «cultura liberal» en una nación específica de la región.

Ambas soluciones permiten que las «naciones» correspondan a Estados, los cuales pueden ejercer su soberanía política sin injerencia de afuera (supranacionalismo) ni injerencia interna (multiculturalismo), en condiciones de libre movimiento y comercio.

Existe una tercera solución que realmente (ya) no es solución que se puede denominar la «solución estadounidense». Esta solución consistía en crear «reservas» para

agrupaciones indígenas, apartando territorio en la forma de reservas indias. En nuestro contexto moderno, esta solución no es factible, porque los grupos indígenas no gozaban de ciertos derechos dentro del sistema político de Estados Unidos que hoy por hoy serían difíciles de justificar en una transición. Por ejemplo, los gobiernos federales y estatales de los Estados Unidos no se veían de ninguna forma obligados a traducir toda la documentación oficial y los boletos electorales a idiomas indígenas. Además, no permitían el voto indígena por muchos años, y cuando finalmente lo permitieron, muchos estados no aceptaban documentos de identidad indígenas o evitaban que se colocara centros de votación en la vecindad de las reservas. Además, como la institucionalidad en Estados Unidos es superior en cuanto a la creación de riqueza, las propias reservas indias sufrieron una emigración constante, reduciendo el poder de injerencia política de las mismas. Se estima que hoy por hoy 6.8 millones de indígenas (nativos) viven en Estados Unidos (+2% de la población), pero que solo 700,000 siguen viviendo en reservas indias. En el censo de 1800 de Estados Unidos, se contaba una población total de 5.3 millones de personas (hoy más de 330 millones), del cual el 11% de la población era indígena. Esto muestra que la población indígena se asimiló y migró a otros polos estadounidenses de forma gradual, produciendo un cambio cultural hacia una *monocultura*, al menos en lo políticamente esencial. En el contexto latinoamericano, la separación de comunidades indígenas de la jurisdicción de un Estado será casi considerado *apartheid*, donde algunos ciudadanos son tratados como ciudadanos de segundo grado. La exclusión de la participación indígena en la política estadounidense era intencional, y probablemente funcional en su momento, pero imposible en nuestra época moderna.

La tesis de este ensayo, si no se resuelve el reto fundamental nacionalista, es que los países latinoamericanos están condenados al conflicto social perpetuo. De hecho, el involucramiento extranjero y el propio Gobierno «máquina dispensadora» (supranacionalismo) y el multiculturalismo no marcaron un final del conflicto social en Latinoamérica. El conflicto social solo ha cambiado el campo de batalla. Ahora ocurre dentro de los Estados, los cuales se han convertido en máquinas de conflicto interno. Internamente, diversas «naciones» intentan secuestrar el aparato estatal para beneficio propio, usualmente para extraer rentas a las demás «naciones». En el peor de los casos, esto ha conducido a flagrantes privilegios discriminatorios en los sistemas democráticas, como es visible en Colombia, donde la FARC tiene escaños garantizados en el Congreso y una redistribución de recursos automática hacia sus bolsillos. Un Estado «no limitado», en el contexto actual latinoamericano, es una máquina dispensadora de rentas y privilegios. El conflicto social, más que reducirse como esperaban los promotores del multiculturalismo, se ha agravado. Y las perspectivas no son optimistas.

En Latinoamérica existen naciones con valores liberales que han sido aplastadas por el yugo del Estado. Sin embargo, no han podido florecer porque están en constante lucha con «naciones» que habitan el mismo país, bajo el mismo Estado, que no comparten culturalmente estos valores. Esto convierte al Estado, lejos de una entidad encargada con la preservación de paz y el intercambio pacífico, en una máquina de poder donde las distintas «naciones» actúan como grupos de interés particular que procuran asegurar privilegios para sus respectivos grupos nacionales.

Se dice que la mejor forma de «medir» el «amor a la patria» de Burke, necesario para la cohesión social que tanto falta en Latinoamérica, es preguntar a todas las autoproclamadas «naciones» que si pelearían por la «patria» si alguna amenaza extranjera apareciera. Si la respuesta es «negativa», este ensayo demuestra que el conflicto social jamás cederá y que las posibilidades de un futuro liberal serán prácticamente nulas.

Referencias

Baudet, T. 2012. *De aanval op de natiestaat*. Amsterdam: Uitgeverij Bert Bakker.

Burke, E. 1790. *Reflections on the Revolution in France*.

Fortuyn, P. 1997. *De islamisering van onze cultuur: Nederlandse identiteit als fundament*. Utrecht: Bruna.

Hayek, F.A. 1969. *Studies in Philosophy, Politics and Economics*.

Huerta de Soto, J. n.d. "Teoría del nacionalismo liberal."

Mill, J.S. 1861. *Considerations on Representative Government*.

Mises, von, L.E. 1919. *Nation, State, and Economy*.

—. 1944. *Omnipotent Government: The Rise of Total State and Total War*.

Parekh, B. 2002. *Rethinking Multiculturalism: Cultural Diversity and Political Theory*.
Harvard University Press.

Taleb, N.N. 2020. "Religion, Violence, Tolerance & Progress: Nothing to do with Theology." In *INCERTO*.

Tocqueville, de, A. 1838. *Democracy in America - Vol. I. and II.*